

inesperada que le hace gracia de la vida. Felix Orsini, José Antonio Pieri y Carlos Rudio, interponen recurso de casacion en los términos legales. El tribunal de casacion resuelve, pues, sobre estos recursos en audiencia de 11 de marzo.

El tribunal era presidido por M. Vaisse: el dictámen del consejero M. Augusto Moreau está porque el procedimiento ha sido regular y legal, y los dos abogados nombrados de oficio, M. Leon Bret y Fournier, tienen que reconocer que deben atenerse á la sabiduría del tribunal. Una causa de casacion infalible, se decia apoyarse en la situacion personal de uno de los jurados; mas practicadas las mas minuciosas investigaciones, resultó probado que dicha causa faltaba en hecho.

El procurador general Dupin concluyó por la no admision del recurso, la cual fue pronunciada por el tribunal.

El 13 de marzo se levantó el cadalso para los tres condenados, pero solo dos subieron á él. Las solicitudes de S. M. la Emperatriz Eugenia obtuvieron la conmutacion de pena de Rudio, el enganchado de los últimos dias, el asesino conducido al crimen por la miseria: una joven esposa, un niño en la cuna abogaron en el corazon de la Emperatriz por la causa de este desgraciado, y el Emperador pudo hacer gracia. Pero el crimen de 14 de enero debia ser expiado, porque no habia amenazado solamente la vida del Emperador, sino la sociedad entera: no se habia frustrado respecto de Napoleon III, sino para herir á ciento cincuenta y seis ciudadanos pacíficos.

Orsini y Pieri con los pies desnudos, revestidos con el velo negro de los parricidas, fueron espuestos en el cadalso, mientras que un ugiere leia al pueblo la sentencia condenatoria. Despues fue entregado Pieri á los ejecutores, cayendo la última la cabeza de Orsini. Pieri reveló por sus ademanes violentos la profunda turbacion de su alma, y murió repitiendo con voz cascada el final del *Canto de los Girondinos*. Orsini, tranquilo y silencioso hasta el momento supremo, profirió solamente entonces estos dos gritos: ¡Viva la Italia! ¡Viva la Francia! Asi envuelto en su valor teatral, murió sin desmayar, y esto era lo menos que pudo hacer.

Que mueran con valor esos locos peligrosos: tal es su derecho, y no hay razon para que esta energía suprema pueda justificar las admiraciones imbéciles prodigadas con sobrada facilidad á los bravos del cadalso. Lacenaire tambien fue valiente ante la muerte, y el asesino político, no hay que engañarse, no es mas que un Lacenaire. El conspirador que cruza lealmente la espada con un gobierno enemigo puede morir con la frente erguida, guardando en su corazon y en sus labios el nombre sagrado de patria. El asesino no tiene patria, y haga lo que quiera, no es mas que un cobarde. Por mas que arregle y que mantenga su actitud para el espectáculo final, no podrá hacernos olvidar el acto innoble que le coloca bajo la cuchilla vengadora. Vedle sereno y digno ante la muerte; mas poco há, oculto en la sombra, arrojaba vergonzosamente la bomba homicida, guareciéndose detrás de las mujeres y de los niños. Un casco imper-

ceptible del arma infame rasguña su frente, y desde entonces, aturdido, aplanado por esta herida ridícula que enjugaria riéndose un soldado al dar el asalto, vá á ocultarse cobardemente en su lecho. Caballo, pasaporte, dinero, todo estaba pronto ¡pero el rasguño triunfó de este héroe!

¡Vamos! Hay en esto con qué tranquilizar á la gente honrada. Estos matones no son, como pretenden, dueños y señores de la vida humana.

Orsini, no era, pues, como se ha querido decir, una de esas almas de gran temple, uno de esos corazones de acero que dan cierto esplendor al crimen mismo. No; era el conspirador italiano, apasionado sin duda, pero no obstante, vulgar: farsante de heroismo, vanidoso y superficial, buscando ante todo el efecto, ávido de popularidad y tomando el ruido y el escándalo por gloria. Cuando la espiacion final se ha consumado, la conciencia de la humanidad puede conceder á semejantes hombres una piedad profunda: se creian héroes y solo han sido asesinos; soñaban la grandeza en el sacrificio y no han encontrado mas que la puerilidad en el crimen. La historia les pedirá cuenta de estas libertades de que se decian apóstoles, y cuyo advenimiento no han hecho mas que retardar. Porque el eterno castigo de estos hombres será el ser impotentes para fundar algo. Llámense desórden y destruccion, y cuando Dios en sus justas iras, permite por un instante su triunfo, no saben mas que disolver y destruir.

Contempladlos en su obra; la inanidad de sus principios resalta en todos los actos; la inconsecuencia está escrita en todas sus palabras. Admiten como regla absoluta el poder irresistible del número, y no retroceden ante la idea de imponer á la muchedumbre las doctrinas de una imperceptible minoría. Quieren el gobierno del pueblo, á condicion de ser los motores de esta terrible máquina; no conciben la libertad sino bajo la forma de una dictadura, y no aperciben que la tiranía, no por llamarse popular, deja de ser menos tiranía. Amantes pretendidos del derecho absoluto, solo gustan de la fuerza. Sofistas de libertad, jamás han podido elevarse á la idea de la justicia suprema, porque esta idea no puede ser accesible á espíritus groseros y materiales: han rechazado la noción de Dios que es el manantial mismo del derecho: ¿cómo han de tener la noción de la justicia? Su república ideal es *esta república no libre* de que habla Montesquieu. El cristianismo habia depurado la política humana, poniendo á la libertad en el individuo: ellos retroceden, pues, al paganismo que la ponía en el ciudadano.

Y hé aquí por qué, cuando chocan con la realidad, cuando los pueblos espantados de su amenazante amor, se refugian en los brazos de la autoridad tutelar, se indignan y quieren imponerles aunque sea por la fuerza la sola libertad que ellos comprenden. Obstínanse y retárdanse en su sueño, y llega un dia en que impacientes de realizar lo imposible, se abalanzan ciegamente sobre algun obstáculo visible y tratan de hacer desaparecer un hombre, si este hombre resume para ellos el pensamiento enemigo: ¡insensatos, que verian á la mañana siguiente, sobre